

Zapatos en la arena

Coelacanthus Biscayensis

Fernando Palazuelos
Rober Garay

Colección Crónicas Singulares

*Omnes fictionem
quedammodo
loquitur de realitatem*



con el auspicio del

**Instituto Ibero
del libro-objeto I.I.L.O.**



ejemplar Coleccionista
SEPTUAGÉSIMA QUINTA EDICIÓN
Expte. de verificación gráfica: f22.6-V30"-12800

Obra literaria basada en el universo Coelacanthus Biscayensis

Agradecimientos:

A Albër Palomera
A Inés y Danel.
A Jone.
A Jon Garibay.
A Joxean Urrutxua.
A Antonio de Torquemada.
A Edorta Jiménez.
A los Ormazistas.
A Kepa Junkera.
A Pablo y Esti.
A Roberto Aparicio.
A Mikel y Monti
A Sergio, editor de "Tratado de Tritones".
A la Fábrica Ormazá y a Torre Madariaga.
A todos ellos, por estar ahí poniendo orden en nuestras pesadillas.

Especial gratitud a la Editorial Txalaparta
por su apoyo al Proyecto Coelacanthus Biscayensis

<http://coelacanthusbiscayensis.blogspot.com>

PRIMERA EDICIÓN DE TXALAPARTA
Mayo de 2013

© DE LA EDICIÓN: Txalaparta
© DEL TEXTO: Fernando Palazuelos
© DE LAS ILUSTRACIONES:
Rober Garay

EDITORIAL TXALAPARTA S.L.L.
San Isidro 35-1A
Apartado 78
31300 Tafalla NAFARROA
Tfno. 948 703 934
Fax 948 704 072
txalaparta@txalaparta.com
www.txalaparta.com

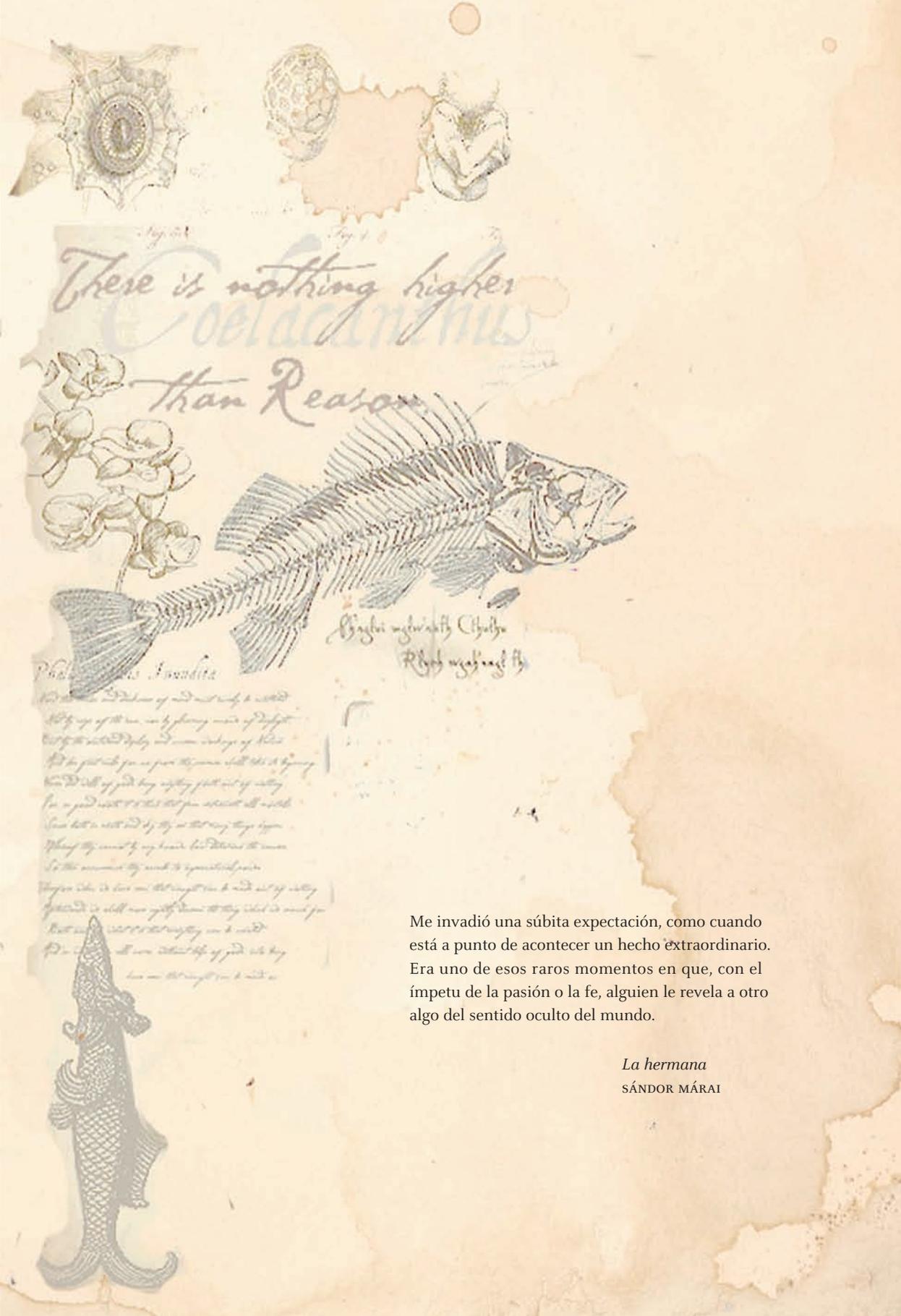
ISBN
978-84-15313-53-3
DEPÓSITO LEGAL
NA. 741-2013

DISEÑO DE COLECCIÓN Y CUBIERTA
Esteban Montorio

MAQUETACIÓN
Monti

IMPRESIÓN
GRAFO
Avda. Cervantes, 51
48970 Basauri - Bizkaia

 txalaparta



Me invadió una súbita expectación, como cuando está a punto de acontecer un hecho extraordinario. Era uno de esos raros momentos en que, con el ímpetu de la pasión o la fe, alguien le revela a otro algo del sentido oculto del mundo.

La hermana
SÁNDOR MÁRAI



CAÍA UNA LLUVIA INSISTENTE. Yo solo escuchaba el sonido del motor y de los limpiaparabrisas, que barrían el cristal con ritmo hipnótico. Conducía mi viejo utilitario con prudencia, sin pestañear apenas y casi con temor. Los faros creaban dos conos de luz insuficiente, una pulpa amarillenta que a duras penas penetraba la negrura y hacía surgir formas y siluetas fantasmales en los bordes de la calzada. Por un instante temí salirme del asfalto, que terminaba sin transición en abruptas laderas llenas de vegetación cerrada. Un pinchazo o una avería tampoco hubieran sido nada agradables. Para el viajero que por vez primera conduce por esa carretera plagada de curvas, descender el monte Sollube en medio de la noche es como deslizarse hacia un mundo de tinieblas, un universo desconocido teñido de leyendas en el que los límites de la realidad y del tiempo quedan desdibujados por la silenciosa bruma del mar.

Aquel frío mes de febrero, una amiga me ofreció la posibilidad de utilizar su apartamento de Bermeo. Nekane estaría un par de meses ausente por motivos de trabajo, y sabía que me vendría bien vivir una temporada lejos del bullicio de mi ciudad. Era una oportunidad para poder pensar, leer, hacer germinar nuevos proyectos. No me lo pensé dos veces y accedí. La única condición era cuidar de Ágata, su gata birmana. Cabía la posibilidad de que esa fuera la verdadera razón del ofrecimiento, pero poco importaba eso. La confianza era suficiente como para no dar importancia a este dato. Además, utilizaría su dormitorio, su aseo, su cocina... Era un trato generoso y más que favorable.

Había acordado con Nekane acudir ese lunes a media tarde, antes de que ella tuviera que marchar hacia el aeropuerto, pero un imprevisto me hizo salir con bastante retraso. La telefoné para comunicarle que llegaría sobre las diez y media de la noche. Me dijo que no podía

esperar, de modo que dejaría las llaves a la vecina del segundo derecha, una mujer con la que tenía cierta confianza.

Llegué a las once menos cuarto. Estacioné en el primer hueco que encontré y me encaminé a las casas del puerto Busqué el inmueble y llamé al piso acordado. Unos minutos más tarde estaba en el vestíbulo del apartamento, con la gabardina mojada y una maleta junto a mí. Enfrente, una enorme gata de pelo largo color blanco y canela me miraba con curiosidad.

Ese fue el inicio de todo, y aquél fue el ser que me recibió, el singular personaje que con mutismo indiferente enseguida dio el visto bueno a mi presencia.

—Tú debes de ser Ágata —dije—. No te preocupes. Nos llevaremos bien. Yo te dejaré dormir a gusto y ronronear a mis pies, y tú me harás compañía cuando lea. ¿Te parece bien?

Por toda respuesta, la gata olisqueó mi equipaje. Luego se marchó, ofreciéndome las posaderas y su cola pomposa, que llevaba alzada como una insignia.

En la cocina encontré una nota de Nekane: *En la nevera y la despensa tienes comida para un par de días. Luego es cosa tuya. Tienes sábanas y toallas limpias. Siéntete en tu casa, y cuida de esa mimosa. Que leas y escribas mucho. Un abrazo. Nekane.*

Cené leche con cacao y unas magdalenas Me acosté pronto. Estaba cansado y tenía ganas de seguir leyendo el libro que tenía comenzado

Al día siguiente estudié los rincones del apartamento con más calma, con luz natural y música de fondo.

El piso estaba ubicado muy cerca del puerto algo muy estimulante para un hombre nacido en una ciudad del interior. Era pequeño, muy acogedor. Estaba decorado con gusto. Combinaba algunos elementos rústicos, como las viejas vigas de roble oscurecido, con algunos muebles de diseño reciente. Nekane compró algunos enseres viejos en un local de los traperos de Emaús y los modificó ella misma con craquelados y envejecidos a base de betún de Judea. Todo casaba bien con la disposición de los espacios y el color de las paredes de un tono salmón pálido. La salita era el lugar más acogedor de la vivienda. Tenía un mirador blanco que parecía una ventana abierta a las historias del mar.

Desde el primer día, aquel me pareció un rincón sugerente. Los primeros días pasé en él largas horas iluminado por la claridad gris del invierno cantábrico, tomando café y leyendo a Joseph Conrad. De cuando en cuando alzaba la mirada y la extraviaba más allá de los cristales

Había llevado conmigo un nutrido cargamento de libros y de cuadernos para tomar notas. Nekane lo intuía. Porque de hecho ella me sugirió que allí podría concentrarme, tomar aire, inspirar mi mundo creativo. Era tiempo de comenzar a hilvanar nuevas historias, quizás un nuevo libro que fuera otro reto, un sendero distinto, una perspectiva por explorar. Había gastado los cinco primeros meses de la existencia de un año que había solicitado en el Departamento de Educación, de modo que aún tenía por delante unos cuantos meses de libertad, un tiempo de paz sin preparar clases ni corregir exámenes o comentarios de texto. Controlando los gastos podría subsistir con mis limitados ahorros.

Intuyo que Nekane sabía algo más Posiblemente veía saludable un cambio de aires, que me permitiría tomar distancia tras haber finalizado una relación de un año con una mujer. Bastaron unos cuantos días alejado para comprender que Eva y yo no estábamos hechos el uno para el otro. Prolongar más lo nuestro hubiera sido posponer lo inevitable. No estaba hundido, pero en los asuntos sentimentales nadie pasa página con la suficiente solvencia como para que la herida no duele en algunos momentos de soledad. Sí, era bueno cambiar de ambiente, dejar la ciudad en la que ambos vivíamos y mirar hacia delante en una geografía distinta, un territorio que despertaba los sentidos.

A media tarde salía a pasear. De regreso entraba en una taberna para tomar una jarra de cerveza. Solía elegir un local tranquilo atestado de adornos marinos. Las paredes y la zona superior del mostrador estaban decoradas con utensilios diversos, colecciones de nudos enmarcadas, anzuelos, cartas náuticas, brújulas, un viejo sextante y señuelos de todos los tamaños. En el rincón, como si fuera una telaraña gigante, una vieja red de pesca se combaba como una sutil amenaza sobre



la pequeña mesa bajo ella. Aquel era mi lugar preferido. Allí releía algunas páginas o anotaba frases sueltas en mis cuadernos, o simplemente bebía tranquilo mientras escuchaba retazos de conversaciones. No había televisor ni ruidosas máquinas de azar, y la música, que sonaba a un volumen que permitía pensar o conversar, solía ser de mi agrado.

Tras dos días de llovizna continua, al fin salió un sol tímido que a duras penas vencía la bruma de la mañana. Después de tomar café salí a dar un paseo. La bajamar dejaba un olor a algas y salitre. Parecía que una humedad centenaria penetrara en los huesos y en los cimientos de la villa. En el malecón, me detuve unos instantes frente a Xixili, la estatua que preside la bocana y que representa a una lamia marina. Luego, al mirar hacia Mundaka, recordé aquel verano de hacía veinte años.

En ocasiones como esa, uno comprende de un zarpazo lo lejos que queda ya la juventud.



¿CÓMO SE BUCEA EN EL PASADO? Quizá sean necesarias unas gafas especiales para protegerse del influjo del espejismo. O un cinturón de lastre para afianzarse a la realidad y no permitir al inconsciente revivir lo perdido.

Yo tendría unos dieciséis años. Mis padres nos llevaron a mis hermanas y a mí a pasar unas semanas en la costa. Alquilaron un piso en Mundaka, en la calle Bañutegi, y disfrutamos de unos días de verano lejos de la ciudad. Recuerdo que me pareció curioso ver esa calle con coches aparcados finalizar en un paisaje marino con el peñón de Murgua marcando el punto de fuga a escasa media milla. Fueron días de baños en la playa y de remar en piragua por el estuario. Hice algunos amigos, con los que comí pipas sentado en un banco al anochecer, tomé mis primeras cervezas y fumé algún que otro cigarrillo.

Una noche de luna llena, antes de subir a cenar se me ocurrió sentarme en el murete que cerraba la playa. Había una chica sentada cerca de la orilla. Unos minutos más tarde se incorporó y caminó por la arena hacia el pueblo. Al pasar cerca de mí me miró. Era una joven de cabello largo, de tez blanca y facciones suaves. Sonrió de un modo imperceptible, o eso me pareció.

A la noche siguiente regresé a la playa y volví a verla. En esta ocasión no miré apenas el paisaje nocturno sino que me centré en su silueta, misteriosa y sensual. Permanecía de pie en la orilla. Luego se volvió y dio unos pasos. Al pasar junto a mí se detuvo. Me miró con unos ojos claros que parecían hablar de mares lejanos, de herencias norteañas, celtas, vikingas. Me preguntó si me gustaba el mar de noche, y le dije que sí. ¿Te importa que me sienta?, añadió luego.

Estuvimos en silencio mirando el vaivén del agua. La corriente era leve, pero se intuía la potencia contenida del océano, la inmensa masa de agua que se extendía por el infinito hasta curvarse. Al de unos minutos me preguntó si era del pueblo. Le expliqué que solo estaría un par de semanas más con mi familia. No me dijo su nombre, pero quizás incitada por el paisaje me habló de su abuela, de cómo le gustaba narrar viejas historias de pescadores desaparecidos y de leyendas que se perdían en la noche de los tiempos. Señaló la isla de Izaro. Me contó el ataque pirata que sufrió el convento franciscano que había en su loma, cuando unos corsarios hugonotes lo asaltaron en 1596. Después me habló de la leyenda del novicio enamorado, un joven fraile del convento que quedó prendado de una muchacha de un caserío cercano a la costa. Por las noches ella encendía un candil, para que el joven Tadeo pudiera orientarse y alcanzar a nado tierra firme. Un familiar de la muchacha descubrió aquellos encuentros y una noche cambió el farol de lugar. Lo colocó sobre unos riscos, en las rocas de Murgutxiki, de modo que el fraile pereció ahogado entre los golpes de mar. Por lo que supe tiempo después, en realidad, aquella historia parecía ser una adaptación local de la leyenda griega de Hero y Leandro, pero todavía hoy los ancianos de Mundaka a menudo hablan de algún pescador conocido que al enfilarse la barra, en su regreso a puerto, ha llegado a ver la silueta del joven Tadeo haciendo señas desde la isla.

Después de relatarme aquella historia, durante unos minutos permaneció en silencio. Luego me explicó que provenía de un caserío situado en una zona conocida como Lamiaran. Estuvimos hablando bajo las estrellas cerca de una hora. Después dijo que debía marcharse.

A la mañana siguiente, y durante la tarde, busqué sus rasgos entre la gente. En las calles del pueblo, en el puerto, en la playa. Las horas se me hicieron eternas esperando la noche. Cuando vi que las nubes ocultaban la luna, sentí un presagio, la premonición de que mi deseado encuentro posiblemente no llegaría a producirse. Cené con prisa y les dije a mis padres que salía un rato, que todos los muchachos salían hasta medianoche.

Bajé rápido a la playa. Miré a un lado y a otro y vi que ella no estaba. Me senté y aguardé una media hora. Me levanté para marcharme, pero en ese momento me pareció ver una mancha cerca de la orilla. Me aproximé y vi que eran dos sandalias. Creí reconocer el calzado de la chica, y me pregunté qué hacía allí, por qué ella no estaba. Aguardé cerca de una hora, hasta que finalmente claudiqué y regresé a casa.

En los días sucesivos no volví a verla. Respecto a las sandalias, alguien las retiró. Quizás algún operario de la limpieza, o acaso la propia marea. Eran el único indicio de que aquella chica no era un sueño, un ser idealizado procedente de mi imaginación juvenil.

Habían sucedido muchas cosas desde entonces. Más de veinte años... En todo ese tiempo no había vuelto a pisar Mundaka, y al estar ahora en Bermeo, tan cerca, pensé que uno de esos días debía visitar el pueblo vecino. Para disfrutar del paisaje de Urdaibai, me dije; pero en un resquicio de mi mente pude atinar a leer: «y para pisar de nuevo aquella arena y revivir tu sueño perdido». Qué absurdo, me dije. Nadie me aseguraba que aquellas sandalias fueran las suyas.

Este recuerdo había venido con una fuerza inusitada, y me pregunté si podría emprender algunas averiguaciones, si acaso había ahí una historia por contar, una posible narración. Pero sentiría vergüenza al hablar con alguien de aquella experiencia tan inocente. Quedaba el recurso de la invención. La literatura está plagada de ficciones que arrancan con un estímulo real. Sí, tal vez había una historia por inventar, pero la vida depara sorpresas, azares, simetrías. Me preguntaba acerca de un suceso de mi adolescencia pero el destino me reservaba una baza inesperada.



ES FÁCIL CONVERTIRSE EN ANIMAL de costumbres fijas. Durante un segundo me dio rabia que aquella tarde mi mesa preferida no estuviera libre. Luego pensé que era ridículo sentirse con derecho de uso.

Un anciano que usaba gorra marinera ocupaba mi silla habitual. Revolvía su descafeinado con calma y conversaba con una mujer que posiblemente era una persona de compañía, contratada para limpiar su casa y sacarle un par de horas de paseo. Lo escuchaba sin demasiada convicción.

Me senté en la mesa próxima. Esto hizo que me fijara por primera vez en un metacrilato que había en la pared. Parecía una obra conceptual, posiblemente de algún artista local. Se trataba de una línea roja sobre fondo negro que formaba un cuadrado, una figura que estaba levemente inclinada hacia un lado. Si uno se fijaba bien, en el negro se entreveían leves marcas que simulaban tiza, como si fueran restos de anotaciones, operaciones matemáticas medio borradas, retazos de dibujos. Se adivinaba una especie de espina de pez, justo encima de una frase que hacía de base para el cuadrado, una frase que se quedó resonando en mi cabeza:

SIENTO UNA CLARA INCLINACIÓN HACIA LOS SUCESOS 3XTRAORDINARIOS.

Albër D'Arbbin

Curioso, pensé. Luego, sin apenas darme cuenta, mi atención se centró en las palabras del anciano. Su memoria era prodigiosa. Con voz entrecortada detalló algunas anécdotas de su padre, que fue carpintero de ribera.

Después le contó a su acompañante que su abuelo materno trabajó de farero en la torre de Cabo Matxitxako. Al parecer perdió la movilidad de los dedos de una mano, y al no poder salir a faena, ese trabajo fue el sustento de la familia. Explicó que el nuevo faro se inauguró en 1909 con un alcance de treinta millas. Dijo luego que, seis años después, una noche su abuelo tuvo una experiencia sobrecogedora. Había una oscuridad cerrada y arreciaba una fuerte tormenta. Europa estaba en guerra, y el estremecimiento se apoderó de él cuando de pronto comenzó a escuchar ruidos sordos en los cristales de la linterna, como si lanzaran proyectiles desde el mar. Fue una noche larguísima. Al amanecer, nada más salir al exterior, el hombre vio la dantesca estampa en el balconcillo y en los alrededores. Varios miles de aves se habían estrellado contra la torre, atraídas por la luz en pleno temporal en esa etapa de su viaje migratorio. Voluntarios de Bermeo acudieron al lugar para arrojar los cadáveres por los acantilados. Durante una semana se vieron chapoteos en las rompientes. Hubo quien dijo haber avistado enormes narvales disfrutando del festín, pero aunque los pescadores se aproximaron hasta la zona con dos embarcaciones no lograron capturar ninguno.

Me pregunté si había oído bien. ¿Miles de aves? Me pareció una exageración. ¿Y había hablado de narvales?

No me dio tiempo a pensar demasiado en aquella historia, porque lo que dijo a continuación me cautivó aún más. Me pareció entenderle el nombre de Arthur Conan Doyle, el famoso escritor británico. Según sus palabras, publicó un artículo en el que hablaba de Mundaka.

«Al parecer estaba interesado en un hombre del pueblo –dijo el anciano después de beber un sorbo de café–, el propietario de una conservera, un hombre peculiar que había desaparecido unos meses atrás sin dejar rastro. Díaz Ugalde dijo que solo se encontraron sus zapatos en la arena».

Aquellas palabras fueron como un anzuelo, una trampa imantada, una convocatoria para el hechizo. Volví a leer la frase del metacrilato. Esas palabras, utilizadas en una obra de arte moderna, encajaban con un suceso antiguo, una vieja historia de marinos dados a la leyenda y el mito.



Al poco, la mujer ayudó al hombre a incorporarse y salieron rumbo a las callejas empedradas del casco antiguo, ella cogiéndole del brazo, y él apoyándose en sus muletas. Durante unos segundos me asaltó la tentación de seguirles, pero el sentido común me sugirió quedarme en mi silla. No obstante, el estímulo ya corría por mis venas, como una sutil intoxicación que llevaba sed y pasión a los rincones más recónditos de mi cerebro.



EN ABRIL DE 1929, no mucho después de su polémico artículo sobre las hadas de Cottingley, sir Arthur Conan Doyle publicó en el *Strand Magazine* de Londres un artículo que llevaba por título «El hombre que el mar reclamó». Es un breve reportaje acerca de un hombre singular, el señor Abaroa, fundador y director de una empresa conservera de Mundaka que, sin causas aparentes que lo explicaran, desapareció una fría noche de ese mismo año. La última vez que lo vieron deambulaba por la playa, azotada por el viento. Al día siguiente solo encontraron sus zapatos.

Según lo recoge y comenta Eustaquio Díaz Ugarte en su *Cronicón de las tierras vascongadas*, un libro de 1935 que pude consultar en la biblioteca pública, Doyle llevaba tres años enfrascado en algunas pesquisas muy peculiares, y debió de estimular su pluma saber que un hombre fletó varias embarcaciones para capturar extrañas criaturas marinas en el Golfo de Vizcaya. En el artículo apenas se desvelan unos pocos datos, pero sí los suficientes para mostrar la verdadera magnitud del espíritu emprendedor de Abaroa. Hombre ilustrado y conocedor de los adelantos científicos de finales del siglo XIX, viajó en varias ocasiones a Oslo, Edimburgo y Boston con el fin de conocer las últimas técnicas conserveras. Al parecer, según testimonios de algunos residentes en la población costera, era un individuo muy tenaz y activo. Tenía una meta en la vida: lograr los más exquisitos productos culinarios y farmacológicos, elaborados a partir del selectivo despiece de las criaturas más escurridizas de los mares. Extraían sus órganos y procesaban de forma metódica sustancias dotadas de asombrosas virtudes.

Doyle mencionaba el caso del hombre pez de Liérganes, un hecho documentado, citado por primera vez en el volumen VI del *Teatro Crítico Universal* publicado por Fray Benito Jerónimo Feijoo en 1728. Se

trataba de un muchacho de diecisiete años que en 1674 desapareció en la ría de Bilbao y fue encontrado en las costas de Cádiz cinco años después, capturado por las redes de unos pescadores cuando estaba ya habituado a la vida acuática. Hablaba también de otro caso el del niño Eugenio, un muchacho de Itziar que desapareció en el mar acaso llevado por los tritones, de quien solo se encontraron las botas. Todo eso le servía de hilo conductor para situar la desaparición de un hombre próspero cuya vida era un ejemplo de visión y tenacidad. *Abaroa podría ser* –aseguró Doyle en su artículo, según traducción del propio Díaz Ugalde– *uno de esos hombres vinculados con el mar, alguien cuya conciencia humana le invitaba a utilizar los recursos naturales en beneficio de sus congéneres, pero cuyo espíritu atlántico y hacendoso al parecer afectado por alguna enfermedad, estaba cada día más en deuda con los seres que capturaba. La desaparición de Abaroa dejó tras de sí un abanico de dudas y rumores. De su azarosa vida y de su trabajo emprendedor quizá solo queden algunos vestigios. Bastarán para recordar a un hombre audaz que penetró en ese mundo ambiguo ubicado entre la ciencia y el mito.*



EL TREN AVANZÓ UN TRECHO por los acantilados. Pensé que el ser humano reta con su ingenio constructor a la propia naturaleza, eterna creadora de formas y paisajes. El viaducto sobre los escarpes me pareció hermoso, un lugar en el que uno parece volar sobre paredes talladas por el viento y el mar.

Caminando por Mundaka, sin prisa, recordé una anotación leída no hacía mucho. Un texto del siglo xv extendió la leyenda de que un navío escocés con una princesa desterrada a bordo arribó en esa localidad marinera, lugar que ellos denominaron en lengua latina *munda aqua*, agua limpia. Esa princesa tuvo un descendiente, un mozo de pelo muy rubio que años después llegaría a convertirse en el primer Señor de Vizcaya. Lo llamaron Jaun Zuria. Pero curiosamente otra explicación hace referencia a los asentamientos vikingos en la comarca durante el siglo ix. En lengua danesa el término *mund* significa boca, y precisamente Mundaka se asienta en la boca del estuario del río Oka.

Muy curioso, pensé.

Deambulé respirando el limpio aire de la mañana por el entorno de la ermita de Santa Catalina y la hermosa atala ya. Después fui por el paseo de Txorrokopunta hasta el arrenal de Laidatxu. La orilla estaba impoluta como una superficie barnizada. Solo a la izquierda rompían esa lisura las huellas de alguna gaviota. Pisar una playa en pleno invierno es una delicia, tan vacía de gente, tan conectada cada molécula de arena con un mundo prístino e inocente.

Al lado derecho vi a un hombre alto, delgado y con el pelo casi rapado, que pasaría de los cuarenta. Se afanaba en frotar una tabla de surf que mantenía hincada en la arena como un estandarte. Me aproximé al ver que en aquel artilugio había un curioso dibujo.

El tipo se giró al notar la presencia de alguien.

—¿Te gusta?

—Mucho —dije—. ¿Qué clase de animal es?

—Un hipocampo. Un ser fantástico, ¿verdad? Los griegos lo imaginaban con parte superior similar a un caballo, y la zona inferior terminada en cola y aleta caudal.

—Acertada decoración para esta montura.

—Eso pienso yo. Será bonito surcar las olas subido en este cuerpo pisciforme con cabeza equina. Es un encargo de un amigo. Creo que le gustará. Hice al menos seis bocetos previos.

—¿Lo has pintado con aerógrafo?

—Ahá. También usé rotuladores acrílicos.

Me percaté de que no estaba limpiando, sino aplicando algún tipo de cera.

—Eres un buen dibujante.

—Intento serlo. Gracias por el comentario.

Se colocó al otro lado y siguió frotando la tabla con energía.

—Siempre he pensado... Debe de resultar difícil mantenerse en equilibrio sobre las olas.

—Bueno, cuestión de adaptarse al medio —comentó sin alzar la cabeza—. En realidad es la ola la que te lleva. Formas parte de ella.

—Bueno... Los biólogos aseguran que somos agua en un setenta por ciento.

—Pues ahí dentro uno es agua al cien por cien —puntualizó él—. Dicen que esta es la mejor ola izquierda de Europa. A muchos nos cautiva ese fragor.

Iba a marcharme ya, para no molestar, pero no pude evitar un nuevo comentario.

—Supongo que el mar tiene su propio modo de atraer al hombre.

Detuvo su tarea y me miró con curiosidad.

—A algunos pronto nos saldrán escamas —dijo—. Eso dice mi mujer. En cuanto puedo aparcar un poco el trabajo me voy a remar, a pescar o a coger olas. Ya ves, de aquí a que me salgan agallas solo hay un paso.

Miré hacia la zona donde el mar se volcaba con furia sobre las aguas del estuario.

—Hoy el mar está encrespado. Supongo que en pleno invierno no se suele salir a...

—Claro que sí —me cortó arrojando la pastilla de parafina a una bolsa abierta que estaba sobre la arena—. ¡Qué va a estar encrespado! Ten-

drías que ver las montañas de agua que rompen en la barra cuando hay temporal. Hoy el mar está ideal para surfearlo.

—¿De veras?

—Claro.

Se desprendió de toda la ropa. Hacía frío para permanecer desnudo a la intemperie ni siquiera unos segundos, pero él actuaba como si estuviera en su propia casa. De la arena cogió el traje de neopreno y se lo confundió.

—Bueno —dijo, subiéndose la cremallera con la ayuda de un cordón—. Antes de entregar el encargo, ¡qué demonios! Tendré que probarlo, ¿no?

Y sin decir nada más se adentró en el agua. Lo vi remando con los brazos, tumbado boca abajo en la tabla.

Me dirigí al malecón para seguirlo con la vista. El aire brumoso que venía del mar me hizo subirme los cuellos del anorak. Allí iba aquel curioso individuo, buscando la corriente del estuario. Luego remontó poco a poco las olas que penetraban en la desembocadura, hasta que estuvo lo bastante lejos como para que con la ondulación del agua en ocasiones desapareciese de la vista. Daba la impresión de que la inmensidad pretendía engullirlo para siempre.

Gente con agallas, pensé. Sí señor. Con verdaderas agallas.



EL AZAR ARROJA LOS DADOS CON UN capricho manifiesto. Tuve suerte, la verdad. La primera persona con la que trabé amistad fue con ese dibujante lleno de nervio y experiencias.

Durante la segunda semana me encontré con él tres veces, y en los lugares más insospechados. Una mañana, haciendo unas compras en la calle Eskinarruaga. Otro día en una ferretería, cuando acudí a buscar una bombilla, y otra vez tomando un café en un bar de Mundaka. En aquella ocasión hablé con él una media hora. Supe entonces que era ilustrador, y que estaba concluyendo al fin un álbum de setenta páginas en el que llevaba trabajando más de año y medio.

Se interesó por mis trabajos, y cuando le mencioné el asunto central de uno de mis libros, prometió leerlo. Garibay me pareció un tipo honesto, alguien que irradiaba una energía vitalista absolutamente contagiosa.

En cierto momento me preguntó la hora. Me dijo que había quedado con una amiga para un asunto de artes plásticas en el que estaban inmersos.

—Otra vía abierta –dijo–. Si no te importa que te aburra, otro día te lo cuento.

—Vale. Ya nos veremos.

Estar con él un par de horas prometía ser un estímulo, tanto como para alguien con inquietudes lo es leer un buen libro o ver una película con poso.

Sacó un rotulador del bolsillo interior de la cazadora y me anotó su número de teléfono en una servilleta. Luego la deslizó por el mostrador.

—Mañana estoy liado, pero el jueves puedo tomar un café.

—De acuerdo.

Con un gesto rápido cogió su pequeña moc hila y un casco negro para andar en moto. Luego salió del local como un vendaval.

Abrí el libro que había llevado conmigo y volví a leer un fragmento de esas peculiares memorias de Shanti Andía, un párrafo que había marcado con lápiz:

Esas olas verdes y esa espuma blanquecina van rozando nuestra alma. Queremos comprender al mar, y no lo comprendemos; queremos hallarle una razón, y no se la hallamos. Es la representación de la constante inquietud. Sospechamos si habrá en él escondida una lección; en momentos se figura uno haber descifrado su misterio; en otros, se nos escapa su enseñanza y se pierde en el reflejo de las olas y en el silbido del viento.



LA CULTURA POPULAR EMERGE del fango de la historia, de las grietas y rincones que la ciencia deja sin barrer. Hay quien sostiene que los gatos tienen un sexto sentido, una capacidad singular para detectar la enfermedad y la proximidad de la muerte o de alguna otra desgracia. Los hay incluso que atribuyen a los felinos una cierta facilidad para percibir la energía invisible que generan las personas.

Yo nunca había dado crédito a semejantes creencias, pero aquel día lluvioso me percaté de que llevaba más de cinco minutos con la vista apartada del libro que tenía abierto en el regazo. El té de la taza aún humeaba y el silencio de la noche solo era vencido por el repiqueteo de las gotas de lluvia sobre el cristal. Ágata estaba encaramada a la parte superior de la otra butaca, en lo alto del respaldo. Entre nosotros estaba la mesa de bambú y cristal. Yo la miraba sorprendido por su actitud, en cierto modo intrigado por su capacidad de quietud y espera.

Miraba algún punto fijo del exterior, y lo hacía de un modo pertinaz. Los gatos carecen de párpados, por lo que pueden permanecer atentos durante minutos sin mover un solo músculo. Tenía las orejas orientadas hacia adelante y la cola extrañamente quieta.

Durante la tarde había dormitado a pierna suelta sobre el sofá, y cuando me preparé la cena estuvo ronroneando a mi alrededor, frotándose los costados en mis piernas y haciendo oscilar su cola inmensa.

—¿Qué buscas, Ágata?— dije en voz baja—. No hay nadie ahí fuera. El puerto está desierto a estas horas.

La gata me miró, pero enseguida volteó la cabeza y siguió mirando en la misma dirección.

Seguí ojeando el libro de Pedro de Anasagasti que Nekane tenía en su librería. En un párrafo de un capítulo central decía ese autor local:

El pueblo vasco es uno de los más ricos en cuanto se refiere a su folclore: tradiciones, creencias inasibles, ritos mágicos, fórmulas esotéricas, promesas a fantásticos seres, comunicación con los desaparecidos... Y no digamos los ritos marinos, las costumbres frente a la adversidad o a la tempestad, de las fórmulas de nuestros velorios, de los rituales en los que se mezcla la fe cristiana con la superstición más arraigada.

Como estimulado por esas palabras, levanté la vista y volví a mirar al animal. Cerré el libro y lo dejé en la mesa. Luego actué de una forma algo estúpida. Apagué la lámpara. Hice visera con la mano, apoyado en el cristal del ventanal, y miré hacia el puerto. No se veía un alma. Los barcos amarrados oscilaban levemente. El agua era una masa negra, cuya presencia uno adivinaba por los brillos de algunas luces.

Aquella noche vi el puerto, no como ese lugar que de día resultaba algo habitual en una localidad pesquera, sino como un territorio plagado de misterio del que emanaban historias de navegantes, leyendas, temores...

De pronto, como si alguien hubiese pulsado un interruptor, la lluvia cesó. También el aire. Los barcos permanecieron cada vez más quietos, como rendidos a una presencia invisible y poderosa.

Ágata y yo permanecemos así largo rato, en silencio, hermanados en el gesto.

Aquella noche el mundo parecía detenido.



A finales del siglo XVIII, algunos pescadores de Bermeo y Mundaca capturaban de cuando en cuando algún pez gato en sus campañas. Su nombre es chimaera monstruosa o pez quimera, y aunque vive en aguas profundas, en ocasiones asciende en busca del alimento que portan las corrientes del golfo. Carecía de interés comercial, pero descubrieron que de su hígado hinchado se podía extraer un delicado aceite que servía para curar heridas y aliviar quemaduras. Quizás ese fue el origen de los ungüentos y jarabes que algunos conserveros comenzaron a preparar años después con sustancias obtenidas de especímenes marinos.

Corre el rumor de que algunos pescadores guardaban celosamente el secreto de unas pequeñas criaturas que vivían en la ría de Oca, que denominaban ichasburdunchiec. Al parecer con esos raros ejemplares podría prepararse un polvo idóneo para confeccionar emplastos vejigatorios. Asegura don Blas de Iturri, buen entendido en farmacología, que ese ungüento pudo ser incluso mejor que el colodión cantaridado, eficaz vesicante logrado con polvo de un curioso coleóptero machacado.

Otro pez singular del que se extraían ciertas gelatinas, de propiedades desinfectantes, es el escuatínido, también conocido como angelote. Habita en fondos arenosos. Si la quimera destaca por sus ojos de apariencia humana, este último tiene un singular aspecto tritónico.

Viendo los dibujos a plumilla que el propio Clemente Abaroa realizó, y que me mostró con entusiasmo, uno diría que parecen criaturas fantásticas inventadas por algún imaginativo ilustrador del siglo XV.¹

1.- Diario de campo del naturalista Severino de Aguirre. Material inédito fechado en marzo de 1902. Cortesía de sus descendientes.

HUBO UN TIEMPO DE CRÍPTIDOS, me dijo Garibay. Un tiempo en el que lo mágico se fundía con la realidad. Era una simbiosis natural, al menos aquí, en esta curiosa comarca. Las fronteras no estaban definidas, lo mismo que no están definidos los límites de la ría de Urdaibai, siempre cambiantes, sujetas las dunas a una varianza imprevisible.

Le pregunté a qué se refería. Entonces rebuscó en su mochila y sacó un cuaderno. De entre sus páginas extrajo una fotografía. Miró a los lados, como un niño que se cerciora de que no hay testigos de sus juegos secretos. Me la mostró. Era la imagen de una criatura petrificada.

—¿Qué es?

—El fósil de un pequeño tritón apenas formado, quizás un embrión. Lo encontré en una grieta del flanco norte de Izaro, cerca de Artxikote, entre dos estratos de pizarra. Me costó desprenderlo de la roca.

Observé el cuerpecillo curvado, las diminutas patas delanteras, la cola enroscada hacia el vientre. Lo más sorprendente eran las diminutas facciones de su cabeza, de formas similares a las humanas. Coronaban su cuerpo marino. ¿Aquello era real o una lograda recreación?

Le di a Garibay la fotografía y la guardó.

Ya la noche anterior me había referido algunas creencias singulares, pero yo en todo momento entendí que eran habladurías, historias procedentes de una tradición ancestral. Me habló de criaturas que guardaban un poderoso vínculo con esas costas, seres atlánticos que según unos solo pertenecían al imaginario popular y a la leyenda, mientras que para otros eran reales, difíciles de ver pero verídicos como el resto de la fauna marina de aquella costa.

—Fíjate en las náyades de la ría de Mundaka, por ejemplo —dijo ahora, señalando con la cabeza hacia el sudeste.

—¿Náyades?

—Sí, minúsculas ninfas que según dicen los más mayores eran seres muy sensibles a la calidad del agua, más aún que el eslizón, un pequeño lagarto anfibio de piel moteada que vive más allá del límite de mareas.

Aquello era algo para lo que no estaba preparado. Había ido a Bermeo con la idea de pasar unos meses tranquilo, en busca de silencio y calma para un nuevo proyecto, pero en mis planes no entraban los cuentos para niños.

Acabábamos de salir del Aita Guria, un galeón ballenero fondeado en el puerto. Durante la visita, Garibay me explicó cantidad de detalles relacionados con aquellos viajes al noroeste. Recorrimos la cubierta, me habló de la arboladura, visitamos el camarote del capitán y descendimos a las bodegas. Resultó un rato muy agradable e instructivo, pero al salir, en la penumbra del atardecer invernal, mi acompañante no pudo evitar hablarme de leyendas y cuentos de viejos marinos Críptidos, había dicho antes; y ahora hablaba de ninfas. No me dio tiempo a interrogarle para averiguar si hablaba en broma o en serio.

—Quizá pienses que el aire salino trastorna la mente –dijo de pronto, adelantándose.

—No... Es solo que...

—En una ocasión –añadió antes de que yo pudiera añadir nada– hubo un vertido nocivo, río arriba. Días más tarde, un pescador encontró en la ría unas cuantas de esas frágiles criaturas medio descompuestas.

Debió de notar mi expresión, porque enseguida me habló de una persona que le había contado algunos sucesos curiosos de finales del siglo XIX: Ane Basterretxea, del caserío Imintxa, la muchacha más joven de una familia de Kanala. Fue ella la que le habló por primera vez de las náyades, delicadas y vulnerables, seres que su abuela describía como espíritus cristalinos, muy débiles. Sus cuatro aletas eran similares a las alas transparentes de las libélulas y su cola recordaba a las medusas.

—¿Crees en esas fantasías? –pregunté–. No parecen más que cuentos.

Al ver su mirada, algo dura y penetrante, me arrepentí de la contundencia de mis palabras. Mostraban un escepticismo prepotente.

—No deberías hablar así –dijo con el ceño fruncido–. Durante años se habló del celacanto como de un ser prehistórico y a extinto. Y sin embargo su pervivencia se ha demostrado. Se han pescado en Indo-

nesia y al sur de África. Y hay quien dice que los hubo aquí, en estas mismas costas.

—¿Aquí? ¿Celacantos?

—Sí. Un fósil viviente. Un verdadero relicto. La ciencia denomina así a los animales que han permanecido casi sin alteración durante miles de años de evolución circundante.

—Bueno... Imagino que algún pescador vería algún pez grande o grotesco, y ya sabemos la tendencia a exagerar de los hombres en las tabernas.

Garibay hizo un gesto, como negando casi imperceptiblemente. Aunque noté que se contuvo, a punto estuvo de contestar a mi comentario.

—¿Sabes quién fue Harry Johnston? –me preguntó a bocajarro unos instantes después.

—No. Ni idea.

—Un explorador inglés. En 1900 recorrió la selva impenetrable del Congo. Es uno de los lugares más inaccesibles del planeta.

Se detuvo en seco. Luego retomó el hilo con un firme tono de voz.

—A su regreso a Londres habló de animales extraños, como pequeños elefantes dorados y un singular mamífero que tenía patas de cebra, cuerpo de cévido y una diminuta cabeza de jirafa. Remataba esa curiosa descripción con las características de su lengua. Dijo que era enorme, prensil y de color azul. Como puedes imaginar, nadie creyó en sus palabras.

Debí de mirar a Garibay con cara de sorpresa. Comenzamos de nuevo a caminar por la acera que rodea el puerto. Volvió a hablar, ahora con una ligera sonrisa agazapada en la comisura de los labios.

—Hoy se sabe que hay un tipo de elefante de selva –afirmó, rotundo–. Son más pequeños que los de sabana. Buscan claros en medio de la espesura, donde revuelven el fango de las charcas para sorber sales minerales. Con el fin de proteger su piel se bañan literalmente en un barro amarillo muy luminoso. Y respecto al okapi... Afortunadamente su hábitat tan salvaje le ha preservado de la caza indiscriminada. Es una criatura que parece sacada de un sueño de Dalí.

—Caramba –dije sorprendido–. Sí que es curioso.

Durante unos instantes Garibay perdió la vista al otro lado del muelle. Quizás algún conocido pensara que insistía demasiado en ciertos asuntos, pero para mí era enriquecedor escucharle. No me parecía el típico enterado que trata de mostrar a los demás que es muy docto en todo. No era petulante, sino franco y entusiasta. Me daba la impresión

de que hablaba con fundamento, con ganas de compartir aquello que conocía. Enseguida retomó el hilo con un asunto peculiar.

—Nos parecen asombrosas las reconstrucciones de muchos dinosaurios —añadió con un tono fogoso—, pero si pudiéramos hacer algo así con los primeros mamíferos marinos nos quedaríamos boquiabiertos. Lo que hubo después de los pakicetos es toda una aventura científica.

—¿Pakicetos?

Vaya, pensé, sonriendo para mis adentros. ¿Quién demonios es capaz de recordar un nombre así? Evidentemente solo un apasionado.

—Sí —dijo él, con ánimo de explicarse—. Imagina unos extraños lobos acostumbrados al agua, dotados de miembros y epidermis cada vez mejor adaptados al mundo acuático. Se alimentaban de peces, como otros mamíferos. Sí, como el ambuloceto, o el peculiar dorudon.

—Menudos nombres...

—Me chiflan... Lo más prodigioso es la evolución del espiráculo —continuó diciendo—. Piensa en esa mutación, la fosa nasal avanzando a lo largo de miles de años hacia la parte superior del cráneo... Es alucinante. Si los paleontólogos logran que algún artista prepare recreaciones certeras de esos pasos intermedios, veremos criaturas increíbles; seres que nos parecerán sacados de un mundo onírico. Y sin embargo existieron. Todos los especímenes intermedios han sido reales. Tuvieron un organismo eficiente, procrearon, se adaptaron cada vez más... La naturaleza nunca dejará de sorprenderme.

Confieso que la contundencia de sus argumentos me dejó sin habla. Durante unos instantes se quedó con la mirada perdida.

—¿Qué piensas? —interrogué, viéndolo de pronto tan callado.

—Nada —dijo—. Es solo que... El ser humano rechaza aquello que cuestione la realidad objetiva. Niega toda idea que parezca sugestión, porque es como dudar de nuestra identidad racional.

—Para eso tenemos la ciencia... Dejamos que gente erudita vaya uniendo piezas del gran rompecabezas cósmico. Delegamos en ellos, esperando que nos lo expliquen todo, con pruebas y teorías.

—Pero siempre hay zonas oscuras —puntualizó.

Se detuvo de nuevo. Buscó algo en los bolsillos. Al poco sacó unas llaves. Me imaginé que la moto azul que estaba junto a la acera era la suya. Estábamos cerca del antiguo Casino.

—Sí. Zonas de tinieblas —añadió—. En muchos aspectos el hombre es un ser visual y primario. Por eso teme la penumbra, que genera for-

mas que somos incapaces de clasificar. No existe nada tan alarmante para nuestra especie como el simple hecho de caminar en tinieblas o enfrentarse a lo desconocido.

—¿Me estás hablando de seres mágicos?

—Te hablo de una tierra de sueños, de dos poblaciones vinculadas al mar que encierran secretos que quizás nunca entenderemos. En *Hamlet*, Shakespeare señala que existen sobre la Tierra más cosas de las que alcanzamos a percibir.

Garibay se puso el casco y se subió a la moto. La arrancó y la separó del bordillo moviéndola hacia atrás con la ayuda de las piernas. Se detuvo un instante. Mientras se ataba la correa bajo la barbilla dijo algo más.

—Ane trabaja sobre esto. Su proyecto no pretende encontrar explicaciones. Será una indagación, pero no para contestar preguntas. Su deseo es interpretar y sobre todo sugerir.

—Me gustaría conocerla.

—Mañana te llamo.

Alzó el mentón a modo de saludo y acelerando suavemente se perdió por la calle oscurecida.

Cuando llegué a casa me preparé una cena ligera y después de buscar sin éxito algo de interés en televisión, opté por fisgar entre los libros que había en la casa. Al ojear uno de ellos encontré un curioso párrafo de Michel Duvert, en edición bilingüe.

La nuit étant le domaine interdit à l'activité humaine, elle devient un temps qui ne peut rester vide et que l'on a peuplé de toute sorte de repoussoirs, d'hostilités. On peut certes y reconstruire les arimek et les sorgin mais aussi baltxak, lamiñak et les étranges idituek. Vivement qu'apparaissent le soleil et que tinte la cloche de l'église, le temps du Christ solaire évacue les miasmes.

La noche era el dominio prohibido a la actividad humana, un tiempo que no puede quedar vacío y que lo han poblado de toda suerte de engaños y hostilidades. En ella se pueden encontrar las arimek y las sorgin, pero también los baltxak, las lamiñak y los extraños idituek. Nada más aparecer el sol o al sonar la campana de la iglesia, el tiempo del Cristo solar despeja las miasmas.

LA BAJAMAR DEJA UN SILENCIO EXTRAÑO, como si el océano retirado fuera un presagio terrible o el vacío de una deuda. El vigor del mar parece ocupado en lugares remotos.

La arena mojada y las pozas crean siempre un paisaje distinto, un territorio de algas y líquenes al descubierto que parece hablar de fuerzas sobrenaturales, esas mismas que se llevan consigo la inmensa masa marina.

Una garceta camina con las patas metidas en las balsas de agua. Un cangrejo asoma tras una roca y se adentra en una oquedad rodeada de pequeños crustáceos. Sobre la arena, una tabla; un trozo de una caja de pescado, con el nombre impreso casi desdibujado, de una marca de conservas ya desaparecida. Un poco más allá, varias cerraduras oxidadas.

A lo lejos, el chillido de una gaviota. Mientras, el sol asoma tímido por Atxarre, borrando las sombras de la noche con una luz vacía de calor, un alba invernal que habla de humedad perpetua y de la rudeza infinita destinada a los hombres del mar.

Es dulce y hermoso, sí. Pero el mar también puede ser cruel; se encoleriza de súbito. Así lo describió Hemingway. No, no es mundo para temerosos y delicados de espíritu. Es un espacio donde el destino y el azar a menudo entran en conflicto, un campo de batalla entre lo vivido y el porvenir, quizás entre la realidad y el mito.

Sobre la pequeña plazuela, desierta a esas horas, las ramas de los árboles se mueven ligeramente, como si anunciaran que el paisaje es algo misterioso y latente.

Se escucha, procedente de algún barco que regresa, el lejano rumor de una sirena. El sonido lo trae el aire en su grupa de forma entrecor-

tada. Después, el despertar de la villa pesquera sigue su ritmo y el silencio pronto deja lugar a un nuevo día de fatigas y empeños, en algún almacén de pescado, en un barco dispuesto a ser descargado, en algún astillero.

Una vez más la vida es un ir y venir, como la marea y sus aguas eternas.

